



Diversidades y patrimonio en clave latinoamericana

Sergio de Zubiría Samper, Departamento de Filosofía de la Universidad de los Andes, Bogotá

En este capítulo se pretende hacer una reflexión sobre la necesidad de la actualización del concepto de patrimonio cultural, en el marco de inconformidad colectiva que actualmente está viviendo América Latina, particularmente en temas clave como son las relaciones entre cultura, política y política cultural, identidad, desarrollo o movimientos sociales. En esta reformulación se aborda el binomio diversidad y patrimonio cultural, así como se ejemplifican algunos casos de preservación y revalorización del patrimonio cultural.

Diversities and heritage in Latin America

This chapter reflects on the need to update the concept of cultural heritage, within the scope of current collective nonconformity in Latin America, particularly in relation to key issues such as the relationships between culture, politics and cultural policy, identity, cultural development or social movements. This redefinition considers the relationship between cultural heritage and diversity, and provides examples of the preservation and revaluation of cultural heritage.

"Bogotá y los deseos

Esa soleada tarde de marzo, en un pequeño puesto, en el centro de Bogotá, se atendían deseos. La gente que se agolpaba a su alrededor gritaba y gesticulaba. []

- pido una ciudad en un altiplano andino, con brisas frescas y lluvias nostálgicas. Deseo que en ella hay casas de ladrillos rojos y altos edificios blancos; que sus avenidas arboladas inviten al paseo y su gente se encuentre en las plazas y parques. También quisiera que esté rodeada de cerros y que una enorme pradera, color verde tierno, sea como un mar para sus habitantes.

- Ésa ya no existe, pero existió.

- Entonces devuélvemela - gritó él"

Juan Carlos Pérgolis. *Bogotá fragmentada. Cultura y espacio urbano a fines del siglo XX*.

1. Catedral de Bogotá. Julio Rodríguez Bisquert

El discurso cultural de cierre del siglo en América Latina estuvo cargado de constantes insatisfacciones y profundas incertidumbres. Una especie de inconformidad colectiva por los estrechos márgenes disciplinares dominantes en las concepciones de cultura, política, identidad, políticas culturales, desarrollo cultural, movimientos culturales, entre muchas otras. La concepción del patrimonio no ha sido ajena a este estado de ánimo. Tanto desde la academia como en el quehacer práctico de los movimientos sociales latinoamericanos, se empieza a exigir en los años noventa del siglo XX, una ampliación, revitalización o resignificación de la noción prevaleciente de patrimonio cultural.

El presente escrito intenta abordar tres asuntos comunes a esta exigencia en el contexto de Latinoamérica: la necesidad de una refundación o reinterpretación conceptual de la noción de patrimonio cultural; la importancia de la relaciones entre diversidades y patrimonio; y, algunas propuestas prácticas para su preservación y revalorización.

Laberinto de significados

En las ciencias sociales y en el discurso cultural latinoamericano se destacó, durante la década de los ochenta del siglo XX, el predominio de una concepción jurídica o legalista del patrimonio cultural; la cual había colonizado tanto las mismas ciencias sociales como las políticas y prácticas culturales. Se constituyó en una pesada carga que oscurece o invisibiliza las complejas dimensiones de la cultura y el patrimonio. Algunos de esos límites son: la identificación del patrimonio con los soportes físicos que detentan valor o significado cultural; la asociación del patrimonio exclusivamente con el pasado o lo pasado; el tipo de jerarquización que tiende a exaltar lo monumental, arquitectónico y bienes de la cultura dominante; el predominio de la función de la preservación sobre otras dimensiones y el acento legal en esa protección; y, la evasión o exclusión de caminos para reflexionar sobre aquella noción aceptada de patrimonio cultural.

Esta perspectiva “juridicista” ha sido profundamente cuestionada en la región en los últimos quince años, en lo que G. Bonfil ha denominado el tránsito a un laberinto de significados. Laberinto de búsquedas, incertidumbres, problemas, preguntas, paradojas y significados. Ingresar a él tiene también varias sendas, siempre inagotables.

Quisiéramos mostrar este laberinto teórico a través de cuatro aproximaciones, que ilustran su inagotabilidad y diversidad.

La primera aproximación, propuesta por R. Tovar, que insiste en el ingreso de un conjunto de temas que desafían la visión del patrimonio. Nuevas nociones y problemas que inciden directamente en la concepción de la cultura y el patrimonio. Podríamos bautizar a esta aproximación “desafíos conceptuales”. Siete nuevas nociones han hecho explotar aquella figura juridicista y objetual del patrimonio: pluralidad o diversidad cultural; patrimonios intangibles; el presente; patrimonio de origen colectivo; lo local, regional y nacional; relaciones con el patrimonio natural; y, participación social.

La diversidad impide una mirada diacrónica (sucesión evolutiva de una cultura) del patrimonio y la necesidad de acentos en su heterogeneidad, hibridismo o sincronía. Lo intangible, la necesidad incluyente de las tradiciones orales, fiestas populares, lenguas y dialectos, costumbres y sabidurías tradicionales. El presente invita a mirar en distintas direcciones y experiencias de la temporalidad. El patrimonio colectivo convierte en inoperantes distinciones muy divulgadas en América Latina como “alta cultura” y “culturas populares”, o “creación popular” y “obras individuales”. La visibilidad de lo local y regional cuestiona los imaginarios y prácticas de lo “nacional”. Lo natural convoca a debatir nuevamente la distinción entre naturaleza y cultura. La participación social afecta todos los procesos de legitimación y preservación de un patrimonio común.

La segunda aproximación, patrocinada por la investigaciones de E. Florescano, quien considera que “nuevas realidades” han modificado substancialmente las concepciones del patrimonio cultural. Partiendo del hecho de que cada época rescata de manera distinta su pasado y otorga valor de actualidad a ese pasado, cinco procesos reales han presionado la modificación de las concepciones del patrimonio. En primer lugar, hoy nos enfrentamos a una redefinición de la idea de patrimonio, tanto en el ámbito de los recursos naturales renovables y no renovables, como en la cultura y las artes, donde la importancia de lo “intangible” ha sido determinante. En segunda instancia, la inclusión de nuevas áreas (paleontología, ecología, mentalidades, ciencias tradicionales, etc.) y poblaciones (campesinos, culturas de frontera, migrantes, exilados, niñez, etc.) en las políticas de protección patrimonial. En tercer lugar, los recientes desarrollos de la especulación inmobiliaria, las transformaciones en el uso

de los suelos y los cambios introducidos por los medios de comunicación, han impuesto reformas radicales en aquellos territorios en que se ubican los distintos tipos de patrimonio. En cuarta instancia, destacadas transformaciones en el carácter centralista y burocrático de las instituciones que se responsabilizaban de su cuidado, abriendo, en consecuencia, nuevos escenarios de participación y posibles impulsos a la autogestión grupal, local y regional. Y por último, cambios simbólicos en las representaciones de la denominada “cultura nacional”.

La tercera senda, sustentada por N. García Canclini, ubica tres movimientos de reconceptualización y seis nuevas cuestiones teóricas y políticas, que han redefinido la idea de patrimonio. Sugerimos denominarla “reconceptualización y aporías”.

Para este investigador, estamos experimentando un triple movimiento de reconceptualización del patrimonio. El primer desplazamiento es el reconocimiento del patrimonio no sólo incluyendo la herencia pasada, sino también los recientes bienes culturales, visibles e invisibles, tangibles e intangibles. El segundo movimiento es la expansión de la política patrimonial de lo producido en el pasado, a los usos sociales concretos que relacionan esos bienes con las necesidades contemporáneas de las mayorías. El tercer pliegue es el rompimiento de la selección de los bienes culturales reducidos a las clases hegemónicas, hacia la apertura al reconocimiento de bienes materiales y simbólicos de otras clases y grupos sociales.

Movimientos que presionan una reconceptualización acompañada de seis nuevas cuestiones teóricas y políticas:

- a) patrimonio cultural y desigualdad;
- b) su construcción imaginaria en relación con la cultura nacional;
- c) los usos del patrimonio;
- d) los propósitos e imaginarios de la preservación;
- e) el patrimonio en la época de las industrias culturales;
- f) los criterios estéticos y filosóficos para valorarlo, preservarlo y difundirlo. Todas cuestiones que afectan directamente el sentido de la diversidad y problematizan perspectivas legales, arcaizantes y folcloristas del patrimonio. Por ello, aludiremos a ellas en el próximo acápite de este ensayo.

El cuarto sendero, propugnado por G. Bonfil, que acentúa la fertilidad de dos grandes disensos en cuestiones fundamentales como dinamizadores del laberinto. Utilizando

una hermosa metáfora de un importante teórico del desarrollo en América Latina, Manfred Max-Neef, arriesgamos nominarla la “fertilidad de las incertidumbres”.

Para G. Bonfil, la discusión acerca del patrimonio cultural cobra cada día mayor amplitud y alcanza un auditorio más vasto, debido a dos importantes disensos en dos asuntos fundamentales. El primero, las dudas que aún nos embargan, sobre en qué consiste ese patrimonio de un pueblo; cuáles son los bienes tangibles e intangibles que constituyen ese patrimonio. Reconociendo que ese valor patrimonial está mediado por su relevancia en términos de la escala de valores de la cultura a la que pertenece. El segundo alude al interrogante, aún abierto, de en qué radica su importancia no sólo para los especialistas, sino para el común de la gente. Lograr escrutar cómo se ponen de acuerdo tantos y diversos actores sociales para convenir su importancia. Estas dos profundas incertidumbres enriquecen el discurso cultural en nuestra América contemporánea.

Diferencias, desigualdades y diversidades

Las sociedades modernas se afirmaron sobre el principio de la igualdad, sin embargo este principio no ha logrado prevenir las desigualdades contra las que pretendía luchar. En el contexto de América Latina la insatisfacción ante este principio es profunda y ha obligado a la reflexión cultural a repensar las nociones de diferencia, diversidad y desigualdad. Partiendo de una definición básica de la desigualdad como distribución de recursos en la sociedad, prácticamente todos los estudios sobre el tema caracterizan nuestro continente como la más desigual de las regiones del mundo. El debate sobre el patrimonio cultural en los últimos años ha estado mediado por esta inevitable problemática.

Desde las teorías de la “reproducción cultural” de P. Bourdieu y C. Passeron, los bienes reunidos en la historia por cada sociedad no pertenecen realmente a todos, aunque formalmente parezcan de todos. Los grupos sociales se apropian de formas diferentes y desiguales de la herencia cultural; esa diversa capacidad de relacionarse con el patrimonio se origina en la desigual participación de los grupos sociales en su formación. Nunca el patrimonio es un conjunto de bienes estables neutros, sino un proceso social de apropiación desigual. Los patrimonios pretextan “unificar” a una nación, región o territorio, pero las desigualdades en su formación y apropiación obligan a estudiarlo como un

espacio de lucha material y simbólica entre clases, etnias y grupos. Existen muchos ejemplos en América Latina, que evidencian cómo los productos y expresiones culturales de los sectores populares suelen ser representativos de las historias locales, pero tienen demasiadas dificultades para ser reconocidos como patrimonio generalizado y menos como manifestación de la cultura nacional. En un contexto de profundización de las desigualdades económicas y sociales, como el que caracteriza a la región, existen muchas dificultades para el reconocimiento de la diversidad cultural.

En las disputas por el reconocimiento de la diversidad son determinantes los imaginarios y propósitos de la preservación del patrimonio. La importancia de los imaginarios en la investigación reciente, se debe a motivos como: la consideración de referentes no-materiales en la construcción del sentido de lo nacional; el papel de la ficción en la formación de la identidades; y, la proyección imaginaria en la conformación de los mapas mentales de la vida social.

Para N. García Canclini, por lo menos cuatro imaginarios de la preservación, se encuentran en querrela en Iberoamérica. El “tradicionalismo substancialista” que juzga los bienes históricos únicamente por el valor que tienen en sí mismos y concibe su conservación independientemente de sus usos actuales; para este imaginario los bienes cambiantes y “no-tradicionales” no cuentan. El “conservacionista monumentalista” rescata y preserva los bienes históricos capaces de exaltar la nacionalidad reservada a símbolos de cohesión y grandeza, primando un imaginario de magnificencia nacionalista y descuido de lo regional/local. El Estado latinoamericano ha suscitado este imaginario, que Carlos Monsiváis prefiere denominarlo “complacencia escenográfica”. El “mercantilista” que ubica en el patrimonio una oportunidad de valorizar económicamente el espacio social, o en otras ocasiones, lo considera un obstáculo al denominado “progreso económico”. Los bienes históricos importan en la medida en que favorezcan o retarden los avances materiales; primando un criterio exhibicionista en los procesos de restauración patrimonial. El “participacionista” concibe la preservación del patrimonio en relación con las necesidades globales de la sociedad y sus usuarios contemporáneos. Expresa su oposición a una conversión exclusivamente museal o exhibicionista de la vivencia patrimonial. Destaca la necesaria participación de los movimientos sociales en la valoración y protección, tratando de incluir lo micro y macro, lo nacional y lo local.

Un aspecto decisivo sobre el patrimonio cultural y el cuidado de su diversidad es el debate sobre su valoración estética y filosófica. Pone en cuestión tanto la posibilidad de criterios universales como el utilizado comúnmente, explícita o implícitamente. En general la discusión estética y filosófica ha sido pobre en este nivel y se trabaja más con presupuestos que conceptos reflexivos. En la práctica patrimonial los dos valores más recurrentes son “autenticidad” y “originalidad”. Ambos cargados de complejas insuficiencias teóricas y prácticas, analizadas por el anticipatorio texto de W. Benjamin de 1936 “La obra de arte en la época de la reproductibilidad técnica”. Tales como la devoción a la obra única y cerrada, la suposición de lo irreplicable, el rechazo a lo mimético y la incompreensión del actual papel de las tecnologías en los campos artístico-culturales. Es notorio que un criterio de valoración estética centrado exclusivamente en el dúo autenticidad-originalidad es demasiado estrecho para los fenómenos patrimoniales contemporáneos. Necesitamos unas políticas culturales respecto del patrimonio que tomen distancia de la única tarea de rescatar objetos auténticos y deliberen más por los procesos culturalmente representativos; posiblemente el ingreso de los valores de la representatividad y pertinencia al discurso cultural, pondrá límites a las pretensiones de cualquier universalismo abstracto.

América Latina, un continente caracterizado por las diferencias y diversidades, además de la viejas y nuevas desigualdades, invita a asumir interrogantes desafiantes para comprender el papel del patrimonio en el cuidado de la diversidad: ¿existe un patrimonio común a todos? ¿en sociedades interculturales cuál es y cuál puede ser la relación de los grupos culturalmente diferenciados con los bienes que forman el patrimonio cultural de otros grupos? ¿la interculturalidad o multiculturalidad es por naturaleza una vivencia opuesta a la noción de patrimonio cultural nacional?

No pretendemos absolver la complejidad de las preguntas anteriores, tan sólo llamar la atención sobre esta clave interpretativa de nuestro presente: en Latinoamérica no es pensable el cuidado de la diversidad sin el constante reconocimiento de la profundización de las desigualdades. Aún más persuasiva: existen tipos de protección de la diversidad que ahondan las desigualdades y entablan relaciones colonizadoras de exclusión.

Algunas señales o indicios para alistarse en el enmarañado terreno de los anteriores interrogantes son tres precarios presupuestos filosóficos.



2. Centro Histórico de Bogotá, Julio Rodríguez Bisquert



3. Mérida, Venezuela

El primero, las diferencias y diversidades existen como resultado de culturas e historias particulares; las desigualdades a causa de relaciones asimétricas y de subordinación. Ambos fenómenos pueden ser simultáneos, pero no necesariamente. Las políticas culturales en nuestro contexto latinoamericano podrían aspirar, como agudamente ha sugerido N. García Canclini, a elevar la disgregación a diversidad y reducir las desigualdades (entre clases, etnias o grupos) a diferencias.

El segundo, todo análisis que incluya estos tres órdenes (diferencia, diversidad, desigualdad) tiene que incorporar el conflicto, las relaciones de fuerza y de poder. Las incompatibilidades o negaciones de la cultura de otro grupo diferenciado, expresan una relación de dominación y, en consecuencia, también estrategias de resistencia a la dominación impuesta.

El tercero, la decisión del cuidado de la diversidad cultural implica fincar los proyectos de carácter nacional en bases distintas, al abordar el asunto del patrimonio cultural. No se trataría de legitimar una porción privilegiada de patrimonios existentes como base de

ese supuesto “patrimonio común”, desechando los demás como ajenos o irrelevantes. Es necesario aceptar la diversidad de patrimonios culturales, cada uno igualmente legítimo para el grupo que lo ha heredado. No como compartimentos estancos o separados, sino como una cultura nacional que posibilite el intercambio de experiencias y el reconocimiento mutuos. Retomar la promesa incumplida de las sociedades modernas: un diálogo entre iguales, pero diversamente solidarios.

El rostro práctico del patrimonio

La riqueza y diversidad de las anteriores concepciones del patrimonio cultural en Latinoamérica se ha plasmado en distintas propuestas prácticas que sería improbable que reseñáramos en este breve escrito. Pero quisiéramos destacar dos experiencias emblemáticas de nuestras búsquedas contemporáneas: la consolidación del Atlas de la Infraestructura Cultural de México, y, las investigaciones del Convenio Andrés Bello para construir metodologías para la valoración patrimonial de las fiestas.

Promovido por el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes – CONACULTA –, en México existe un Sistema de Información Cultural, como una base de datos pública, disponible en Internet y que se actualiza constantemente a través de una red de instituciones tejidas por todo ese país. Este Sistema registra información sobre una amplia gama de aspectos de la oferta cultural en México, su creación fue realizada en la década de los noventa, paralela al Sistema de Información para la Planeación y Evaluación de las Políticas Culturales – SIPEC –, como también al Seminario de Estudios de la Cultura y la Coordinación Nacional de Descentralización. Tal vez, uno de los sistemas más completos y rigurosos de Información Cultural del Continente.

Dentro del Sistema de Información se destaca el proyecto sobre el Atlas de la *Infraestructura Cultural de México*. La elaboración de este Atlas parte de un doble reconocimiento: la importancia que tiene la infraestructura en el desarrollo cultural de un país y la necesidad de contar con información confiable, actualizada, completa, sistematizada, comparable y pública en la materia. Y su contenido se agrupa en seis capítulos: contexto sociodemográfico, diversidad etnolingüística, patrimonio, infraestructura, radio y televisión, y equipamiento de las viviendas.

El Contexto Sociodemográfico proporciona algunos elementos para cruzar la información cultural con otros aspectos del desarrollo humano que permitan una lectura más completa y abran la posibilidad de análisis más profundos; se incluyen datos de población, densidad demográfica, migración interna y externa, alfabetismo, educación superior e índices de bienestar. El capítulo de Diversidad etnolingüística aborda la distribución geográfica de la población hablante de las sesenta y dos lenguas indígenas de México, como un importante indicador de su diversidad cultural. El acápite de Patrimonio incluye las ecorregiones y biodiversidad, las áreas naturales de preservación, los bienes incluidos en la lista de patrimonio de la humanidad de la UNESCO, las zonas arqueológicas, los monumentos artísticos, y, los archivos fotográficos. El capítulo Infraestructura Cultural encierra bibliotecas, salas de lectura, casas de cultura y centros culturales, museos, teatros, librerías y salas de cine. La parte Radio y Televisión abarca información sobre estaciones de radio y televisión abierta, estaciones de radio universitarias e indigenistas y de la red nacional de televisoras y radiodifusoras educativas y culturales, como también la televisión por cable. El último capítulo se refiere al equipamiento de viviendas con radio o radio grabadoras, televisión, teléfono, computador, y a los suscriptores de televisión por cable y por microondas.

El Atlas presenta, con excepción de los capítulos de Patrimonio y Diversidad Etnolingüística, datos de carácter tanto nacional como estatal (departamentos) y municipios, tanto en números absolutos como en relación con la población. Se incluyen siempre aspectos históricos y cualitativos para proporcionar al lector un contexto general sobre el tema. Los análisis numéricos siempre pueden complementarse con análisis de tipo cualitativo, que permiten realizar comparaciones, cruzar información por rubro o por área territorial y construir indicadores más complejos.

La existencia tanto del Sistema de Información Cultural como del Atlas de la infraestructura cultural de México, constituyen un muy adecuado punto de partida para la construcción de indicadores culturales. Es por ello que en México se ha logrado una reflexión muy completa sobre la naturaleza de los indicadores, que son concebidos desde la siguiente perspectiva. Los indicadores son vistos por CONACULTA como estadísticas que han sido procesadas con fines de interpretación, ya que las cifras no hablan por sí mismas; son procesadas con fines de interpretación, se diseñan con el propósito de

incidir e incentivar la política pública en cultura y existen indicadores cualitativos y cuantitativos.

Cuatro son sus principales finalidades teleológicas: influir en la toma de decisiones e incidir en la política cultural; posibilitar la rendición de cuentas; mejorar la gestión de todos los recursos; y situar a la cultura como un ámbito prioritario en la agenda política nacional e internacional. Además, axiológicamente deben ser confiables, oportunos, transparentes, comparables en tiempo y espacio, accesibles relevantes para la política cultural, coherentes y congruentes, y desagregables.

Establecen una tipología en lo que denominan “niveles”, planteando ante todo dos tipos de ellos: los indicadores de desempeño o gestión de las instituciones y los indicadores más generales de impacto socioeconómico de la cultura y vinculación cultura - desarrollo. Acentuándose también un interés en seis grandes áreas: inventario de recursos culturales; economía y cultura; participación cultural; financiamiento sostenible; impacto social de la cultura; relaciones entre cultura y desarrollo humano.

El segundo esfuerzo representativo en nuestras latitudes, es la labor del Convenio Andrés Bello en su grupo de investigación sobre “Economía & Cultura”, que avanza en la construcción de metodologías para valorar el impacto económico, social y cultural del patrimonio inmaterial. Para efectos del estudio se construyó la siguiente noción de patrimonio cultural: el conjunto de manifestaciones culturales materiales e inmateriales que una sociedad hereda, interpreta, dota de significado, se apropia, disfruta, transforma y transmite; es referencia para la identidad, fuente de inspiración para la creatividad y sustento para las proyecciones de futuro de los individuos. Por su inmensa importancia en nuestro contexto fueron escogidas para su análisis las fiestas, los festivales y las ferias. Manifestaciones cuya característica es la descomunal diversidad que contienen; posiblemente existan pocas expresiones culturales con un mayor grado de diversidad como las fiestas locales y regionales. En el marco del concepto de patrimonio se acordaron las siguientes nociones: la fiesta como un hecho cultural colectivo que evoca un acontecimiento sagrado o profano a través de ceremonias rituales o actos conmemorativos; el festival a manera de un acontecimiento artístico o folclórico que rescata y difunde expresiones culturales y tradiciones populares; y, la feria es un evento para promover productos y servicios culturales.

El cuidado de esta invaluable diversidad tiene que partir de una adecuada valoración de su impacto económico, social y cultural. Y para el Convenio Andrés Bello estos criterios de valoración patrimonial han sido bastante ausentes en el entorno latinoamericano. Un continente tan rico en estas manifestaciones culturales del patrimonio inmaterial, como las fiestas, festivales y ferias, debe elaborar metodologías colectivas para enfrentar esta tarea. A partir de 2001 se han publicado tres trabajos en esta vía sobre patrimonio cultural: "Impacto económico del patrimonio histórico del Centro Histórico de Bogotá"; "La fiesta, la otra cara del patrimonio. Valoración de su impacto económico, cultural y social"; "Entre la champeta y la pared. El futuro económico y cultural de la industria discográfica de Cartagena".

En el marco de las complejas discusiones contemporáneas sobre globalización, turismo y diversidad cultural, se plantea la posibilidad de construir una metodología para valorar su contribución al desarrollo y su propios mecanismos de medición. En cuanto a su valoración económica es conveniente construir una matriz combinatoria de métodos como precios del mercado, voluntad a pagar por asistir, valoración contingente y estudios para selección de escenarios alternativos. Esta matriz debe adaptarse a escenarios de circunstancias diferentes como: a. impacto económico sobre un área geográfica, con o sin contenido histórico, de la actividad que cotidianamente se desarrolla en su interior; b. impacto económico sobre una localidad con zonas de valor histórico de la corriente turística que la visita; c. impacto económico sobre una localidad de una celebración que atrae turistas; d. impacto económico sobre una localidad de una

celebración que no atrae turistas pero sí eleva el gasto promedio de sus habitantes, o su tasas de ahorro e inversión; e. volumen de los aportes que se reciben del gobierno nacional o regional, de empresas privadas de carácter comercial, corporaciones, ong's, etc.

La valoración socio-cultural de este patrimonio inmaterial también se ha ido construyendo a partir de la discusión de un conjunto de criterios consensuados como: lo social de lo económico en la fiesta (imaginarios económicos de las comunidades, significados sociales de los enfoques económicos); las dimensiones sociales de la fiesta (interculturalidades, diversidades y mundialización); los procesos de identidad y cohesión social (multiplicación de dispositivos identitarios); su nexos con la religiosidad (las manifestaciones del sincretismo); la diversidad cultural y la memoria (la condición caleidoscópica de la fiesta, socializaciones para la pervivencia); la participación en las fiestas (la participación es un eje fundamental de la fiesta).

Países miembros del Convenio Andrés Bello como Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú y Bolivia, han logrado revalorar su patrimonio inmaterial como el Carnaval de Barranquilla (Colombia), el Carnaval de Oruro (Bolivia), la fiesta de Los Zaragozas en Sanare (Venezuela), la celebración del Corpus Christi en Cuzco (Perú), entre muchas otras.

A partir de estas discusiones e investigaciones en América Latina, avanzamos en el reconocimiento del patrimonio cultural de nuestra América, teniendo claro que la verdadera integración que instituirá las bases de la solidaridad continental, no es ni será nunca, la meramente comercial.

Bibliografía

FLORESCANO, ENRIQUE (coordinador). El patrimonio nacional de México. F.C.E. y Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México, 1997.

HARVEY, EDWIN. Políticas Culturales en Iberoamérica y el Mundo. Editorial Tecnos Madrid, 1990.

CASTELLANOS, ALFONSO (coordinador). Atlas de Infraestructura Cultural de México. CONACULTA, México, 2003.

VALENZUELA, JOSÉ MANUEL. Los estudios culturales en México. F.C.E. y CONACULTA, México, 2003.

GÓNZALEZ VARAS, IGNACIO. Conservación de bienes culturales. Teoría, historia, principios y normas. Ediciones Cátedra, Madrid, 1999.

GARRETÓN, MANUEL ANTONIO. América Latina: un espacio cultural en el mundo globalizado. Convenio Andrés Bello, Bogotá, 1999.

ESCOBAR, ARTURO; ALVAREZ, SONIA Y DAGNINO, EVELINA. Política Cultural & Cultura Política: una nueva mirada sobre los movimientos sociales latinoamericanos. Editorial Taurus, Colombia, 2001.

PIZANO, OLGA; ZULETA, LUIS ALBERTO; JARAMILLO, LINO Y REY, GERMÁN. La fiesta, la otra cara del patrimonio. Valoración del impacto económico, cultural y social. Convenio

Andrés Bello, Colombia, 2004.

ABRIL, CARMEN Y SOTO, MAURICIO. Entre la champeta y la pared. El futuro económico y cultural de la industria discográfica de Cartagena. Convenio Andrés Bello; Colombia, 2004.

GÁLVEZ, MARÍA CRISTINA Y CABRERA, HERNÁN. CULTURA Y CARNAVAL. Ediciones UniNariño, Pasto, 2000.

ABELLO, IGNACIO; DE ZUBIRÍA, SERGIO Y SÁNCHEZ, SILVIO. Cultura: teorías y gestión. Ediciones UniNariño, Pasto, 1998.